



“Historia intelectual”

p. 129-148

Álvaro Matute

Aproximaciones a la historiografía de la Revolución Mexicana

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2005

190 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía 4)

ISBN 970-32-2780-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/449/aproximaciones.html>

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Historia intelectual

*El último positivista mexicano*¹

Señala Juan Hernández Luna, en su prólogo a este volumen, que uno de sus propósitos es el de contribuir a corregir la imagen degradante que de los positivistas mexicanos nos legó el “pasado inmediato”. Los filósofos católicos y los del Ateneo de la Juventud, contemporáneos de los positivistas mexicanos, han sido injustos con esos pensadores. Pintaron de ellos las más sangrientas caricaturas y los hicieron pasar a la historia como corruptores de la cultura nacional y cómplices de la dictadura porfirista, es decir, casi como si hubieran sido unos malhechores de la educación nacional.

Seguidamente, Hernández Luna agrega que su contribución, al publicar un estudio sobre el michoacano José Torres Orozco (1890-1925) y un importante conjunto de sus escritos, hará posible una futura y deseable reinterpretación del positivismo mexicano. Los señeros trabajos de Leopoldo Zea deben entenderse como puntos de partida hacia investigaciones más amplias.

Hernández Luna inicia con la publicación de la obra de Torres Orozco una colección que también es deseable que alcance una mayor difusión y continuidad. Su título, “Un gran michoacano...”, permitiría aportaciones muy grandes a la historia regional. Los tres primeros volúmenes son, además del que encabeza esta nota, los siguientes: José Torres Orozco, *Los datos de la filosofía*, prólogo de Samuel Ramos, y también de Torres Orozco, *Filosofía, psicología y ciencia*. Este último, un grupo de escritos del nicolaíta, a los cuales Hernández Luna colocó como prólogo un manuscrito inédito de gran valor para la historia de las ideas en México. Su título es “La crisis del positivismo”, según aparece citado por Zea, quien lo conoció a través de Samuel Ramos. Está inconcluso y es la primera vez que se publica. En él, Torres Orozco polemiza contra dos ateneístas, Caso y Vasconcelos. De haberse pu-

¹ Juan Hernández Luna y José Torres Orozco, *El último positivista mexicano*, México, [s. n.], 1970, 151+12 p., facs., retrs. (Un gran michoacano, su vida, su pensamiento, su acción).

130 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

blicado, hubiera dado lugar a una singular confrontación. Torres Orozco establece una apasionada defensa del positivismo provinciano, que permaneció virgen durante la época de la lucha armada, de la influencia idealista e intuicionista de los miembros del Ateneo. Defiende en esas páginas el darwinismo social y niega, exponiendo sintéticamente el pensamiento de Comte, que el positivismo fuese la doctrina propia de la dictadura de Porfirio Díaz.

En el primer tomo, dedicado a exponer la vida y pensamiento de José Torres, Hernández Luna ofrece una biografía precisa y sencilla en la cual presenta al joven filósofo como producto de un ambiente familiar de tradición liberal, que al pasar a las aulas nicolaítas aprende la ciencia de su momento, el positivismo, que lo lleva a formarse —y más tarde a exponer— una visión del mundo. Cursó la carrera de medicina, a la cual trató de dar un sentido social y humanitario dentro del máximo rigor científico. Señala el biógrafo la actividad maderista del joven estudiante y los viajes del médico a la capital y a algunas ciudades de la provincia. La parte medular del ensayo consiste en presentar el pensamiento de Torres y en establecer su filiación positivista. Dedicó una parte importante a glosar la polémica entablada contra Caso y Vasconcelos, siguiendo el texto del manuscrito, principalmente, y otro escrito de Torres, publicado en la revista *Minerva*, de Morelia (15 de enero de 1917). La precisión en los conceptos es característica de Hernández Luna, quien logra recrear vivamente el tono combativo y riguroso de Torres. Complementa la edición una bibliografía completa del médico michoacano y un apéndice gráfico con retratos del biografiado, de sus familiares y de la señorita Dionisia Zamora Pallares, novia del joven filósofo, y destacada maestra, quien conservó sus manuscritos. De ellos se ofrece alguna página facsimilar.

La contribución de Juan Hernández Luna para la historia de las ideas en México es importante, por cuanto ofrece material para emprender el estudio de ese joven en un ámbito más amplio que el que ofrece la capital de la República. Ámbito importante, el de la capital, desde luego, pero insuficiente para explicar una historia que pretende ser de alcances nacionales. Ha sido fundamental haber recuperado al “último positivista mexicano”.

*El polemista Antonio Caso*²

Después de largos años de preparación ha aparecido el primer volumen de un ambicioso y justo proyecto: la edición de las obras completas de Antonio Caso. La coordinadora general de las obras completas es la maestra Rosa Krauze de Kolteniuk. Cada volumen está debidamente presentado por un especialista en el tema específico sobre el cual versa el contenido. El tomo primero fue encomendado al historiador de las ideas Juan Hernández Luna, quien desde las páginas de la revista *Historia Mexicana* ya había dado a conocer algunos adelantos de lo que el lector puede encontrar en este grueso libro.

Antonio Caso ha sido, como señala Hernández Luna, el primer mexicano dedicado absolutamente a la Universidad. Ya no fue de aquellos universitarios novohispanos que alternaban la cátedra con el sacerdocio, o de quienes en el siglo XIX combinaban el ejercicio de la profesión liberal con la enseñanza superior. Caso se dedicó de tiempo completo al magisterio y la administración universitarias. Y como prolongación de su labor académica, en las páginas de los diarios capitalinos, expuso sus ideas que en once ocasiones dieron lugar al enfrentamiento polémico con intelectuales de pensamiento adverso.

Las polémicas que forman este volumen fueron, en orden cronológico, las siguientes: con Agustín Aragón, sobre la Universidad Nacional, en 1911; con el mismo positivista ortodoxo comtiano, sobre la teoría de la historia de Xenopol, en 1920; la tercera polémica fue entablada con un Francisco Bulnes ya de setenta y ocho años, pero que todavía conservaba algo de la envidia que lo caracterizó como uno de los más destacados polemistas de la época porfiriana. El tema de la discusión fue el porvenir de las naciones latinoamericanas. Tema de obvio enfrentamiento generacional, para el viejo Bulnes dicho porvenir era la adopción de la cultura anglosajona; para el joven Caso, al igual que para el Vasconcelos de esa época y el precursor Rodó, se trataba de realizar una historia latina. La polémica tuvo lugar en 1922. La cuarta polémica, que cierra el ciclo de las sustentadas con representantes de un modo caduco de pensamiento, fue contra don Miguel Puga y Acal, motivada por unos artículos de Federico Gamboa sobre el imperio de Maximiliano. Caso resolvía, con apoyo en nuevas filosofías de la historia, el absurdo partidarismo decimonónico.

² Antonio Caso, *Obras completas. I. Polémicas*, prólogo de Juan Hernández Luna, compilación de Rosa Krauze de Kolteniuk, revisión de Carlos Valdés, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1971, XIX + 687 p. (Nueva Biblioteca Mexicana, 13).

132 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Una polémica de tipo personal fue la que tuvieron Samuel Ramos y Antonio Caso, en la cual se discutió la personalidad del maestro. Fue breve y arroja luz sobre el pensamiento y el magisterio de Caso.

Enseguida viene una serie de polémicas que para los lectores de hoy en día puede resultar más atractiva que las demás. Se trata de las que tuvieron lugar en los años del cardenismo y en las que se discutió en pro y en contra del marxismo. El principal contrincante de Caso fue un discípulo suyo, Vicente Lombardo Toledano, quien por entonces realizaba uno de los capítulos más interesantes de la historia sindical mexicana. Otro polemista fue Francisco Zamora.

Hernández Luna hace una muy buena presentación de esta polémica, en la cual ubica al lector dentro de la circunstancia sociopolítica que la engendró y las consecuencias que tuvo en un orden situado más allá del aspecto netamente filosófico. Vale la pena recordar esta circunstancia. Al darse a conocer el primer Plan Sexenal, todavía en el periodo de Abelardo L. Rodríguez, se reunió el Primer Congreso de Estudiantes Mexicanos, con motivo de discutir la orientación ideológica de la Universidad Nacional, que entonces ya tenía cuatro años de Autónoma.

De acuerdo con el radicalismo de la época, la tesis del brillante expositor que fue Lombardo ganó más adeptos que la del no menos brillante Caso. El Congreso dispuso que el materialismo dialéctico fuese impuesto en la Universidad. Caso no podía aceptar eso y se lanzó a la polémica en los diarios, en la cual cuestionó seriamente y con rigor el marxismo, expuesto y defendido por Lombardo y Zamora. La polémica fue larga y puede decirse que no hubo triunfador ni perdedor. El tema fundamental, en principio, fue si la Universidad adoptaba una filosofía cerrada o, conforme a su esencia, daba cabida al libre juego de las ideas dentro de su seno. Las dos tesis pueden ser coherentes y aceptables, siempre y cuando la marxista corresponda al contexto general nacional.

Una desviación de esta polémica fue la que originó el debate con el licenciado Eduardo Pallares, de carácter estrictamente filosófico. A ésta sigue otra polémica con un pensador católico: Alfonso Junco, en torno a la existencia de Dios. La lectura de ella confirma que Caso no trataba de defender los intereses de los católicos en sus polémicas contra los marxistas, sino todo lo contrario. Caso siempre trató de afirmar el derecho a buscar la verdad sin sujetarse a sistemas cerrados, preestablecidos. La polémica con Junco tuvo una pequeña desviación con el rumano Draghieesco en torno a temas tratados en la anterior.

Finalmente, Caso se enfrentó al neokantismo de Marburgo, que en la voz y pluma de Guillermo Héctor Rodríguez tuvo a un fer-

viente representante en México. El problema era que Caso, formado por la filosofía francesa de Bergson, se puso al día constantemente y su contrincante esgrimía argumentos de una escuela liquidada durante la Primera Guerra Mundial. Es, en todo momento, una polémica de altura.

La labor de Juan Hernández Luna, como editor de las *Polémicas* de Antonio Caso, ha sido encomiable. En un prólogo establece las generalidades necesarias para introducir al lector en el pensamiento y en la actitud de Caso ante la filosofía. Señala dos aspectos de esta actividad del pensamiento: la *filia* y la *sofia* y establece que el valor actual de Caso radica en la primera. Está por encima de toda discusión esa actitud de apertura constante hacia la búsqueda de la verdad, que hace de Antonio Caso un universitario ejemplar, crítico y verdadero formador de discípulos.

Se ha discutido la propia *sofia* de Caso y ella sí puede ser objeto de reproches o de superación, como de hecho lo es, ya que entre los posteriores filósofos mexicanos no hay casistas ortodoxos, pero su *filia* lo hace ser siempre contemporáneo. De ahí el sentido de sus ataques al positivismo, al marxismo, al tomismo, al neokantismo. Su concepción de la Universidad es expresada por Hernández Luna en términos justos:

El maestro Caso —dice Hernández Luna— dedicó la mayor parte de sus escritos polémicos a combatir el peligro que representó el predominio, la hegemonía de una de esas modas filosóficas en la enseñanza universitaria. Positivismo, marxismo, neotomismo y neokantismo, tenían para el maestro Caso algo en común: su espíritu ortodoxo, dogmático, sectario; los cuatro consideraban la verdad como definitivamente hecha, como constituida de una vez para siempre; los cuatro se arrogaban, cada uno para sí, el derecho de poseer el monopolio de la verdad; los cuatro pretendieron imponer la hegemonía de su verdad en la Universidad Nacional de México.

Ése es el *leit motiv* de este enorme libro. El lector puede recorrer un buen trecho de la historia intelectual de México en el siglo XX a través de las polémicas casianas. Diríamos, incluso, que el meollo fundamental de esa historia intelectual, encuentra en Caso a un espléndido hilo conductor. Sus cuarenta años de magisterio universitario corresponden, más o menos, al tiempo en el que se desarrollaron las polémicas. Y puede decirse que Caso representa legítimamente una aspiración ideológica que va de acuerdo con el proceso de la Revolución Mexicana.

134 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Ateneísta, se enfrenta al positivismo ya decadente en 1910. Más tarde se enfrenta a izquierdas y derechas, en una actitud similar a la que tuvo en lo político, pongamos por caso, Luis Cabrera. Ambos fueron siempre coherentes consigo mismos. Si variaron, como diría Hernández Luna, en su *sofía*, no lo hicieron en su *filia*, que es lo que verdaderamente trasciende. Como la Revolución no implicó la sustitución de un sistema cerrado por otro, Caso la representa frente a la revolución cardenista y frente a la contrarrevolución católica.

Quede, por último, considerar el valor en sí de las polémicas como objeto de estudio. Al tener ellas lugar en las páginas de los diarios, hacen que participe una gran multitud de lectores, ajenos al claustro universitario. Por medio de ellas muchas personas tienen acceso al saber de los universitarios, expresado con la concisión suficiente y la sencillez necesaria para un público amplio. Pienso que la polémica Caso-Lombardo, una de las más ricas que habido en la historia contemporánea de México, sirvió más para dar a conocer el marxismo, que los esfuerzos de muchos profesores empeñados en hacer cumplir los preceptos de la educación socialista.

Además, las polémicas apasionan al lector y, si éste es responsable y activo, puede tomarlas como punto de partida para leer las fuentes que nutren al polemista y de ese modo acrecentar su acervo cultural y formarse una visión del mundo. La polémica ha llevado la filosofía, la sociología y la historia a ámbitos abiertos.

Ya hace más o menos un año, el doctor Juan A. Ortega y Medina nos ha dado a conocer un valioso grupo de polémicas mexicanas en torno a la historia. Ahora Hernández Luna, nos entrega las que sostuvo Antonio Caso frente a otros intelectuales, publicando al mismo tiempo los escritos de éstos. Nuestras hemerotecas aún pueden dar mucho material para que este arte sea difundido y rescatado del olvido. Debe considerarse, además, la altura de estas polémicas y tomarse como modelo para que no degeneren en rencillas poco ilustrativas.

La Universidad Nacional Autónoma de México, con la publicación de las *Obras completas* del maestro Antonio Caso, rinde homenaje a uno de sus creadores y más fervientes servidores.

*Curiel: generaciones y Ateneo*³

Un pequeño diccionario o vademécum elaborado por Fernando Curiel viene a complementar sus anteriores contribuciones al conocimiento e interpretación del Ateneo de la Juventud o de México, según su propia nomenclatura. Su utilidad es grande: para los legos, ahí están las entradas con los nombres de los ateneístas; para los conocedores, hay entradas muy particulares, más que ello, claves ateneístas que resultan, incluso, o sobre todo, disfrutables. Pero sin menoscabar este esfuerzo muy apreciable de Curiel, creo que el valor principal del pequeño libro que nos ocupa está en su “Isagoge. Antes, durante, después” que sirve de introducción al volumen. Se trata de un ensayo en tono mayor, de señalada importancia teórica e historiográfica. Por una parte, pasa revista, con acendrado rigor, a los estudios recientes en torno al Ateneo y los ateneístas, centrando la discusión en el asunto de las generaciones como categoría histórica. Así, toma como punto de partida la propuesta de don Wigberto Jiménez Moreno, prosigue con el manifiesto antigeneracionista de Carlos Monsiváis, considera las aportaciones de Enrique Krauze, se detiene en un comentario a mis textos sobre el Ateneo, que asumen mi generacionismo, abunda en las inteligentes consideraciones de don Luis González y concluye con las reflexiones recientes de Fernando Tola de Habich. En el centro de todo se ubica el problema de si la generación es la categoría idónea para estudiar a una entidad como el Ateneo y, desde luego, su trascendencia en la cultura mexicana del siglo XX, así como sus antecedentes.

Todos los mencionados, con la excepción de Monsiváis, somos generacionistas. De hecho, mi manera personal de asumirlo radica en utilizar la palabra generación en mi texto sobre el Ateneo, elaborado en gran medida a petición de parte del propio Fernando Curiel, y en habérselo dedicado a mi querido maestro Luis González, en reconocimiento a su labor como historiador generacionista. El villano de la película es Monsiváis, quien innegablemente esgrime fuertes argu-

³ Fernando Curiel, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2001, 207 p. Anteriormente Curiel publicó el que hasta ahora es el libro definitivo, por más completo, sobre el Ateneo de la Juventud: *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1999, 458 p., que merece un comentario extenso. Por último, una contribución espléndida: el “Anejo documental” al libro de Juan Hernández Luna (compilador), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, 3a. ed. aumentada, México, UNAM, 2000, 509 p. (Nueva Biblioteca Mexicana, 5). El anejo de Curiel va de la p. 209 al final del libro y reúne materiales documentales y hemerográficos, antes de difícil acceso. Es por ello que su contribución al conocimiento del Ateneo es muy completa.

136 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

mentos antigeneracionistas. Curiel, fino lector, tras analizar las tesis de todos y cada uno de los mencionados, pondera los asertos del autor de *Días de guardar*, retoma algunos de sus incisivos comentarios, pero vuelve a la generación, para llegar, más adelante, a reivindicar sus propias ideas al respecto.

Para este punto, analiza otra diatriba antigeneracionista, la expresada por Eduardo Mateo Gambarte, en *El concepto de generación literaria*, obra publicada en Madrid en 1996, y que endereza su crítica contra los historiadores que “embalsaman” el pasado al contenerlo en un concepto tan volátil como el de generación. Curiel establece sus discrepancias con Gambarte y llega, con el apoyo necesario en Julián Marías, al concepto de *constelación* que, por decirlo de alguna manera, amplía el de generación. Suscribo unas líneas argumentativas de Curiel, cuando afirma: “Aclaro que parto de una evidencia. La de que, a diferencia de las naturales, las ciencias humanas no son exactas. Operan por aproximaciones, versiones, iluminaciones, adivinaciones. ¿A partir de realidades? Sí. Sólo que de realidades simbólicas.” Y para corolario, indica que existe algo, ciertamente intangible, pero innegable: la marca, diría yo, la marca generacional, la impronta. La idea de marca, la palabra misma, la toma en coincidencia con Octavio Paz, lo cual es de mencionarse, tratándose de Curiel. Mi concordancia es plena.

Hay algo que añadir: gracias a la sabiduría de Francisco Gil Villegas, expresada en su rica obra *Los profetas y el Mesías*, sobre Ortega y Lukács como precursores de Heidegger, se pone de manifiesto que la inspiración orteguiana para el asunto de las generaciones proviene de Dilthey, en su luminoso ensayo sobre Novalis, contenido en ese olvidado libro que es *Vida y poesía*. Las páginas iniciales del ensayo sobre Novalis precisan la idea diltheyana de generación y sin decirlo así, la establecen como un horizonte hermenéutico. De ahí mi acuerdo tácito con las palabras que entrecomillé de Curiel. El problema con los críticos del generacionismo es que lo ven de manera denotativa, al igual que algunos de sus practicantes, no solamente connotativa, que es como la veo yo. No creo en las precisiones matemáticas que hablan de periodos de quince años, y sí creo que la historia está hecha más de excepciones que de reglas, pero la connotación generacional, la *marca*, es algo que dice más que cien documentos. Si el objetivo es comprender, la generación ayuda a hacerlo.

Otro punto a comentar es algo que viene al final del ensayo de Curiel, el cual, insisto, es muy notable y por consiguiente digno de figurar en antologías exigentes. Se trata de una ubicación que me conmueve directamente. Ya establecida la *ateneidad*, que suscribo, Curiel

distingue dos maneras de comprenderla, como revolucionaria: Jiménez Moreno, González, los mismos ateneístas y el propio Curiel, mientras que Monsiváis, Krauze y yo, y al margen Gabriel Zaíd, la entendemos como porfiriana, aunque se trate de vanguardia. No abundo en eso, porque este libro dice mucho al respecto. La discusión se centraría en la índole misma de la Revolución Mexicana. Solamente agregó que concuerdo en gran medida con mi congénere Arnaldo Córdova en el tema de la continuidad porfirismo-revolución, así como la larga duración avasalladora que avizora François-Xavier Guerra. Ahí hay mucho que decir y, con los ateneístas, no dejar a un lado una paradoja: cuando Martín Luis y Vasconcelos van a Aguascalientes, desde luego se asumen como revolucionarios y prestan, sobre todo don José, servicios importantes a la causa, pero se deslindan de los zafios revolucionarios que abarrotaban las galerías del teatro donde se celebraba la Convención.

*Los caudillos culturales*⁴

“Toda la historia de la vida de un hombre está en su actitud”, dice el epígrafe general de *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, tomado de un texto de Julio Torri. El propósito evidente de Enrique Krauze, en este su primer libro, radica en historiar las actitudes de los miembros de una generación intelectual, la de 1915. Cabe señalar en este sentido que, en rigor, en México no se había intentado —y con tan buen resultado— hacer historia intelectual en la cual las ideas y las personas que las produjeron aparecieran en su íntima relación recíproca. De hecho existe en nuestros medios —y desde hace mucho— una buena tradición de historia de las ideas. La historia intelectual, como la de Krauze, había permanecido inédita, y este *inédita* se puede referir a que la historia de los intelectuales siempre ha andado por ahí, dispersa, en conversaciones y en artículos, pero no en un estudio amplio, riguroso y sistemático como el emprendido por Krauze. La historia intelectual es, indudablemente, historia de las ideas, pero referida a las personas que las hicieron posibles gracias a su contacto con la realidad y condicionados por su experiencia vital. Es la confluencia de biografías individuales y colectivas que encuentran su última expresión en la actividad intelectual.

⁴ Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI editores, 1976, 329 p.

138 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

El tema de la obra es una generación sobre la cual, según Krauze, “sólo han sido publicados dos folletos, un ensayo, un párrafo y una sentencia”. La generación de 1915, también conocida como la de “los siete sabios”, ha sido desplazada de la república de las historias por haber surgido entre los ateneístas y los contemporáneos; por haber sido un grupo cuyas actitudes no fueron expresadas en obra literaria o filosófica como la de quienes formaron parte de las otras generaciones mencionadas.

El libro de Krauze se refiere principalmente a dos congéneres: Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano. Sus historias son las más contadas. También aparecen momentos fundamentales de las vidas de Miguel Palacios Macedo y Alberto Vázquez del Mercado. En un lugar cercano, aunque periférico, Daniel Cosío Villegas y Narciso Bassols. De todos ellos sólo tres fueron de los siete sabios; todos, en cambio, pertenecieron a la generación de 1915. Hay otras figuras que no son ajenas a las páginas de *Caudillos culturales...*, puesto que se trata de algunos de los principales caudillos culturales de la Revolución Mexicana: Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos, los tres ateneístas. Ellos están en el libro, si bien en función de Gómez Morín y Lombardo, de manera que la obra también es sobre ellos. Otros personajes aparecen en menor grado y medida; lo importante es la recreación del ambiente y de las actitudes.

Enrique Krauze contó con un espléndido material para construir su obra: los archivos de Lombardo, Gómez Morín, Palacios Macedo y Vázquez del Mercado; entrevistas con los tres últimos más Cosío Villegas y otros y, desde luego, la presencia obligada y necesaria de la hemerografía de la época y la bibliografía de los propios hombres que sirven de tema a *Caudillos culturales...* Sobre todo, el material de los archivos es el que le permitió al autor poder recrear las actitudes de ese grupo de hombres ante la realidad que les tocó vivir y transformar. Las cartas de Gómez Morín y Vasconcelos, por ejemplo, son de una riqueza tal que hizo bien Krauze en reproducirlas generosamente para que el lector participe de cuestiones que a veces sólo los investigadores pueden llegar a conocer. La relación de Krauze con esos archivos fue determinante para el buen resultado de su libro.

La estructura del libro la proporcionan dos biografías —Lombardo y Gómez Morín— que arrancan, en el caso de Lombardo, desde que su abuelo emigró de Italia, y en el de Gómez Morín, desde su primera infancia al lado de su madre —“ángel tutelar”— en Batopilas, Chihuahua. La biografía de los dos caudillos llega hasta principios de la década de los treinta, es decir, no es una biografía completa, sino que

se queda al final de la juventud o al principio de la madurez, cuando ya se ha cerrado una etapa en la trayectoria de los dos personajes y en la de quienes aparecen en torno a ellos. Para precisar, el libro llega hasta el momento en que Gómez Morín deja de colaborar con el Estado —antes de su rectorado, uno de los más importantes en la historia universitaria—, pasada ya la experiencia generacional de 1929. En cuanto a Lombardo, ya no se recoge su intensa actividad de líder sindical en los años treinta, tema de otra investigación.

Krauze llama la atención acerca de la naturaleza de la biografía. Recuerda que Alfonso Reyes pedía más heroicidad a un biógrafo inglés decimonónico, añorando los modelos helénicos. Se pregunta Krauze por la actitud de don Alfonso frente a las biografías de Marx, Engels, Lenin y Bakunin narradas por Edmund Wilson en *Hacia la estación de Finlandia*, donde el tratamiento que da el autor a sus personajes llega a la medida humana más cabal, por cuanto que prescinde de la mínima dimensión heroica posible. Krauze sigue esa línea. Siempre trata con admiración y respeto a sus personajes, pero nunca los eleva a un rango deshumanizado, es decir, heroico. Ésa es una de las mayores virtudes del libro. Sin llegar al abuso psicoanalítico, se muestra cómo la infancia temprana está presente en las actividades vitales de los personajes, cómo las figuras del abuelo y de la madre configuran la acción de Lombardo y Gómez Morín, respectivamente.

Después de vivir dentro del ámbito señalado por la familia, los dos entran —en 1915— en contacto con el Maestro, un predicador-profesor, que fue Antonio Caso. Después, su relación con otro caudillo cultural, Vasconcelos, que, al igual que Caso, les refrenda la actitud que más los definió: el apostolado. Junto con la vida de los otros miembros de la generación, Krauze recupera para el lector la experiencia de un subsecretario de Hacienda y de un gobernador que no habían cumplido treinta años y que eran capaces de transformar lo que tenían enfrente. Y después de recorrer las grandes experiencias formativas que les dieron los años veinte mexicanos, Krauze deja al lector con los dos apóstoles, Gómez Morín en la soledad a la que lo emplazó la experiencia de 1929, y Lombardo predicando el socialismo mientras caminaba con sus discípulos de San Ángel al Zacatlépetl. Dos vidas paralelas en lo más íntimo y divergentes en sus actos externos. Se entiende bien por qué Lombardo y Gómez Morín, siendo los más parecidos de la generación, hubieron de recorrer separadamente sus caminos.

Caudillos culturales... termina con una reflexión en donde el paralelismo de esas dos vidas es cotejado y que constituye, además, una reflexión seria y penetrante sobre los intelectuales y el Estado, no en



140 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

el tono de la generalización sociologizante sino referida a lo específico de algunas experiencias vividas dentro de un medio y una circunstancia muy concretos: el nuevo Estado surgido de la Revolución Mexicana que asimiló, en plan de caudillos culturales, a jóvenes tan diferentes a los caudillos no culturales y como éstos dejaron a aquéllos hacer tantas cosas y llegar a tantas alturas.

Sin ningún aspaviento metodológico, sin adherirse etiquetas definitorias, Enrique Krauze da al lector un libro nuevo dentro del género más tradicional de la historia que es la biografía. Una biografía colectiva en la cual no se incrustan presencias metahistóricas sino en una medida propiamente humana.

*Don Daniel, el imprescindible*⁵

El historiador norteamericano Hugh Hamill se preguntaba en un importante congreso celebrado en 1969, en Oaxtepec, Morelos, qué habían hecho los historiadores académicos en relación con el cultivo de la biografía. Entonces, como ahora, todo parecía indicar que era un terreno que el historiador había cedido al hombre de letras por manifiesto desinterés en insistir en el relato de la vida de un solo hombre, acaso temeroso del anatema que se le podía lanzar desde la trincheras de la historia estructural, sociológica, marxista, consistente en recordarle que lo de Carlyle pasó ya hace mucho tiempo. Para un medio como el nuestro, que se deja empobrecer por actitudes, pero que se resiste a hacerlo por sus realizaciones, la biografía dejó de ser asunto del historiador académico, con las saludables excepciones de quienes no se arredraron ante lo que pudo haber sido la renuncia a la práctica biográfica y la entrega del género a otros especialistas.

El medio historiográfico mexicano permaneció marginado a ecos de polémicas internacionales, así como a realizaciones magistrales en este campo que, dicho sea de paso, es el que mayores vasos comunicantes ha tenido entre los historiadores y los lectores. Las soluciones de los biógrafos a dos objeciones importantes que se marcan a sus tareas: carencia de científicidad e insistencia en el individualismo, implicaron recaídas extremas, o bien ofrecieron logros extraordinarios. En el primer caso, por ejemplo, la científicidad ha tratado de ser salvada por el psicoanálisis. Se ha hecho referencia, con justicia, a que

⁵ Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980, 320 p. (Confrontaciones. Los críticos).

obras como la del reputado psicoanalista Erik Erikson sobre Lutero no es historia sino el psicoanálisis de un personaje histórico, es decir, como señala acertadamente Jacques Barzum, el objeto de la ciencia es distinto, así como las explicaciones: no es historia, es psicoanálisis diacrónico. Con todo y lo respetable que es Erikson y a la luz que su investigación arroje, no es historia, ni el historiador debe abandonar sus recursos propios y convertirse en psicoanalista. El libro extraordinario a que he hecho referencia es el del desaparecido periodista, escritor e historiador polaco-inglés Issac Deutscher, con sus libros magistrales sobre Trotsky y Stalin. En ellos se muestra cómo se entreteje el individuo en las estructuras y cómo la historia de la persona es significativa en la historia de la estructura.

Mientras que en otras latitudes la biografía sigue revelando contribuciones individuales a la historia de sus pueblos y cómo la historia de los pueblos conforma individualidades, en México apenas José Fuentes Mares ha insistido lo suficiente en el género, así como Enrique Krauze, con su libro de biografías colectivas, donde aparece el relato-explicación del quehacer de la generación de 1915, en el que los factores individuales, psíquicos (que no psicoanalíticos), formativos, escolares, históricos, aparecen en función del cotejo entre México y los siete (o más) sabios técnicos de la Revolución Mexicana. Otras muestras del rescate de la historia de personas aparece en los apoyos biográficos que desarrolla Héctor Aguilar Camín en *La frontera nómada*, para ubicar al grupo Sonora en sus años formativos, “antes del reino”, que permiten apoyar explicaciones sobre el propio reino. Finalmente, Luis González, en dos dimensiones: la colectiva y la individual, por una parte pasa revista a la gente que contribuyó a la Revolución, de acuerdo con sus perspectivas de oriundez tanto generacional como regional (donde se da cabal cumplimiento a dos obsesiones históricas del autor) y, por otra, se indaga la trayectoria formativa del “epónimo del sexenio”, Lázaro Cárdenas. Los libros mencionados aportan elementos básicos para dejar asentada la legitimidad del género como tal y del apoyo que la biografía da de hecho a la historia. Se le puede contestar a Hugh Hamill, trece años después, que los académicos han retornado a la biografía, aunque todavía son pocos y queda muchísimo trabajo por hacer.

Todo lo anterior es un rodeo, o mejor, un marco, para llegar al examen de la más reciente aportación de un historiador académico al género: el libro de Enrique Krauze sobre don Daniel Cosío Villegas, subtítulo, “una biografía intelectual”.

La obra surgió de dos fuentes, por lo menos. Una de ellas es la que dio el marco de referencia que constituyó la primera obra de Krauze,



Caudillos culturales en la Revolución Mexicana, donde aparece Cosío y su generación y, la otra, la relación estrecha del autor y el biografiado, quien en los últimos años de su vida concedió alrededor de una treintena de entrevistas autobiográficas a Krauze. El autor, además, tuvo acceso al archivo particular de don Daniel y al de personas muy cercanas donde obtuvo una documentación irreprochable. Por otra parte, don Daniel Cosío Villegas fue un hombre que merecía tener un biógrafo, a pesar de haber escrito él mismo unas *Memorias*. Krauze consideró bien esto último, como consta en las propias páginas de la biografía y en la reseña que publicó cuando las *Memorias* de don Daniel aparecieron. De hecho un libro no excluye al otro, se complementan de una manera total, en la medida en que las explicaciones que se dan sobre la misma vida difieren por razones obvias. Ambos libros justifican plenamente la necesidad de conocer lo que en ellos se narra, la vida de Cosío Villegas bien vale la pena y aun puede dar lugar a más, si no biografías, sí textos que analicen aspectos de su trayectoria intelectual difíciles de ser agotados. En suma Krauze tuvo un gran tema, documentado de una manera magnífica.

La biografía intelectual de Cosío Villegas se divide en doce capítulos correspondientes a doce tramos significativos de la trayectoria vital de don Daniel. Cada uno de ellos constituye una estación a la que se llega con posibilidades amplias de ver todo lo que hay alrededor. Krauze entretiene de manera espléndida la vida de su biografiado con el contexto histórico que le corresponde. El contexto no es simplemente un marco de referencia sino algo que tiene su propia dinámica histórica, de manera que se puede ver la situación antes y después de la incidencia de don Daniel dentro de ella y la manera como esa experiencia se reflejó en la vida de Cosío.

El punto de partida lo da la figura paterna de don Miguel Arcángel Cosío Soberón quien marcó en su hijo una infancia espartana, al decir de Luis González. El manejo que hace Krauze del caso no lo lleva a una suerte de psicoanálisis fácil, sino a establecer la explicación de muchas actitudes típicas del biografiado. En cuanto a la recreación histórica de los aspectos donde se desarrolló la vida de Cosío, es de fundamental interés el dedicado al Fondo de Cultura Económica, en el cual Krauze hace la historia de la institución, tanto de la manera como la administraba Cosío, como de su impacto en el desarrollo y madurez de la industria editorial mexicana: su aspecto empresarial y en el intelectual. Capítulo muy bien llevado, deja constancia de lo que significó en la vida de Cosío, de lo que significó la vida de Cosío para el Fondo y del significado del Fondo en la cultura mexicana. El

análisis del catálogo y de la relación de éste con su mercado, así como la incidencia de los intelectuales-productores, da pautas a seguir en la elaboración de la hasta hoy inexistente historia de la industria editorial mexicana.

La historia intelectual, entendida como la relación entre el medio histórico y las ideas, adquiere su mejor dimensión en el capítulo octavo: “El liberal de museo” y se complementa con el análisis posterior sobre la actividad de don Daniel como historiador. Con esos elementos, Krauze establece el marco que permite entender tanto al historiador de microscopio, el de la *Historia moderna*, como al moralista, el autor de ese interesante alegato contra los críticos Sierra y Rabasa, en defensa de la Constitución de 1857. Con ellos se complementa el último don Daniel, el de los cuadernos de Joaquín Mortiz, conciencia crítica del sistema y del sexenio 1970-1976, “último don Daniel”, que ya en 1947 había dado el gran diagnóstico y en su indispensable texto “Justificación de la tirada”, su gran testamento intelectual. Este último es acaso el que hizo a Krauze tanto biógrafo de Cosío como de la generación de 1915.

De regreso al punto de partida, Enrique Krauze, historiador académico, se ha convertido en el mejor exponente del género biográfico. Lo es por y a pesar de lo académico. El “por” se refiere al rigor, a la buena selección temática, al conocimiento profundo y certero de sus fuentes y a la magnífica percepción de las actitudes. Asimismo, a la más que correcta inserción del personaje en la historia. El “a pesar” se refiere a que Krauze abandona la academia en su expresión. Su libro está muy lejos del típico producto *scholar*, no es exhaustivo, no es solemne. El libro está escrito para todos y no para “media docena de colegas”. Por esto último (y desde luego por muchas otras cosas) la dedicatoria a Luis González cobra mucho sentido. No es un texto esotérico.

Krauze fue siempre consciente de su simpatía por su tema de estudio. El último capítulo es reflexivo, se vuelve sobre sí y aparece el autor levantando datos sobre Cosío, grabando conversaciones, de la misma manera en que aparecía Francesco Rossi filmando *El caso Matei*. De hecho la biografía termina antes, en el capítulo undécimo y el último es la reflexión, la gran conclusión, la recapitulación necesaria. Ahí se recuperan muchas cosas que fueron quedando a lo largo de todo el libro. Ahí se aprecia la honestidad intelectual de Krauze, de un biógrafo que puede, a pesar de la gran admiración por Cosío, señalar defectos, diferencias; decir que la distancia era el mejor elemento para mantener viva la amistad con don Daniel.

El género biográfico en México está en buenas manos. La lectura de *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual* enseña más sobre la

historia que muchos textos pseudoestructurales y da legitimidad plena a la historia de las personas.

¿Cultura revolucionaria?⁶

El análisis de la polémica de 1925, que emprendió Víctor Díaz Arciniega, en lugar de optar por el título guzmaniano de “querella” también hubiera podido tener el aroniano de “el opio de los intelectuales mexicanos”, pero, en realidad es preferible el primero, definitivo. ¿Qué es este libro? En primer lugar, el resultado de una investigación hemerográfica consistente en la revisión de los periódicos capitalinos desde noviembre de 1924 hasta el final de 1925 y de los cuales se extrajo una amplia gama de opiniones acerca de la literatura y de la Revolución.

Si se quiere filiar este libro dentro de algún campo de estudio, el más indicado es el de la historia intelectual, es decir, aquella que, si bien se encuentra muy cerca de la historia de las ideas, no se centra propiamente en ellas, sino más bien el cotejo de las ideas y las actitudes con la realidad circundante. Esta realidad circundante, en el caso mexicano, es la impuesta por el Estado. De hecho parece ser imposible hablar de historia intelectual sin tener al Estado nacional como algo más que un telón de fondo, es el escenario y tal vez aun la mayor parte del lunetario. La referencia al Estado es no sólo necesaria, sino absolutamente obligatoria.

De esta manera, el libro de Víctor Díaz Arciniega no podía permanecer en el plano de la crítica literaria. De hecho no es un libro de crítica literaria, sino, como dije arriba, de historia intelectual, lo cual implica ser de historia política y de historia de las ideas. El año de 1925 es clave para ilustrar la relación entre ideas y realidad política. Es, de hecho, el año del advenimiento de Plutarco Elías Calles al poder, ya que asumió la banda presidencial en diciembre de 1924, y resulta año clave, distinto de los anteriores y posteriores, por la sencilla razón de que el ‘24 fue ante todo el año de la rebelión delahuertista y el ‘26 el del inicio del conflicto religioso. 1925 está en medio de dos años de convulsión militar, asimilando lo sucedido en el anterior y preparando lo que vendrá después.

La situación de Calles no era fácil. Se encontraba atrapado entre Álvaro Obregón y la impopularidad. Requería de legitimación más

⁶ Víctor Díaz Arciniega, *Querella por la cultura “revolucionaria”* (1925), México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 206 p.

que nadie. Con la derrota y exilio de De la Huerta y sus partidarios se va la posibilidad de ejercer una política conciliadora, como la que se llevó a cabo en el segundo semestre de 1920. Pero también se fue un contingente al que resultó fácil calificar de “reaccionario” para así legitimar al presidente de la República y su política a la cual se le fue dotando de un ser auténtica y claramente revolucionaria. La Revolución estaba encarnada por Calles y su régimen.

Cabe hacer la aclaración de que en los años que van de 1917 a 1924 la retórica revolucionaria no había hecho acto de presencia, sino apenas en forma muy limitada o discreta; no había llegado a la cima estatal, entre otras cosas porque no había sido necesario en regímenes acaudillados por figuras de alcance nacional y más protagónicas de la Revolución armada. Si bien tanto Carranza como Obregón deslegitimaron a sus adversarios, no necesitaban unirse con el incienso revolucionario porque no les hacía falta. Carranza quería la pacificación y Obregón el equilibrio. En sus políticas culturales, en el caso del primero simplemente no había y en el del segundo se llevó a cabo un gran experimento; la imaginación llegó al poder y se pusieron en práctica acciones que tenían fines bien determinados los cuales no necesitaban ser dotados del ser revolucionario. Para 1925, y en la medida en que no habría continuidad en la política cultural, lo que se hiciera debía estar ungido con la esencia de la revolucionariedad.

Es un acierto de Díaz Arciniega haber encontrado entre sus apoyos un artículo muy importante de Guillermo Palacios, publicado en la revista *Historia Mexicana* sobre “Calles y la idea oficial de la Revolución Mexicana” y su tesis, lamentablemente inédita, que bien podría llamarse, al modo o’gormaniano: “La invención de la Revolución Mexicana”. No es que esto haya acaecido precisamente en 1925, sino desde luego en el momento en que se empezó a tener idea de la realidad revolucionaria, digamos desde el célebre aserto de Luis Cabrera (“la revolución es la revolución”), pero en 1925 la invención de la Revolución fue algo definitivo. Ser revolucionario o no ser. Y creo que debo aclarar que si hablo de la invención lo hago en un sentido rigurosamente heideggeriano, como O’Gorman lo hizo con la de América. Es decir, me refiero a la dotación de sentido a un ser histórico: “sólo lo que se idea es lo que se ve; mas lo que se idea es lo que se inventa”, según expresa el epígrafe de la primera parte del libro de O’Gorman en la edición de 1958, tomado del autor de *Ser y tiempo*.

Ahora bien, en 1925 la Revolución era algo vital para el callismo, mientras que para Obregón era algo natural, un hecho histórico que él, como caudillo, había protagonizado y que en su ascenso al poder

146 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

había aglutinado a bandos antes en pugna, como los zapatistas, cuyos ideólogos prestaron grandes servicios al obregonismo. Tocaba ahora su turno a Morones y la CROM y era necesario recoger la revolucionariedad para que Calles se convirtiera en su gran abanderado e intérprete. Entonces, precisamente cuando muchos revolucionarios habían dejado de serlo, como bien lo mostró Hans Werner Tobler en otro artículo publicado hace años en *Historia Mexicana*, era indispensable levantar la antorcha de la Revolución, apoderarse de ella y descalificar al enemigo como ajeno y adverso a ella. Esto es, entre otras cosas, la polémica de 1925 según la pudimos leer en el libro de Víctor Díaz Arciniega, *Quere-lla por la cultura "revolucionaria" (1925)*.

Otro aspecto por el cual 1925 resulta crucial es porque en él se inicia una nueva política cultural en el manejo de la Secretaría de Educación Pública. Si bien José Vasconcelos se había retirado desde junio de 1924, su sucesor, el doctor Gastélum, no había hecho sino continuar los programas de su ilustre predecesor. En cambio, con el advenimiento de Puig Cassauranc, apoyado primero por Gamio y después por Moisés Sáenz, sí cambian las cosas. Esto es tratado en la primera parte del apéndice del libro ahora comentado. Para el nuevo gobierno era vital legitimar con la retórica revolucionaria el cambio de la política cultural animada por Vasconcelos, la cual, a su vez, le había dado al régimen de Obregón su mejor carta de presentación. Pero para el gobierno de Calles era necesario erradicar toda huella vasconcelista, porque su impulsor era un hombre independiente y, por lo tanto, peligroso. Era necesario convertirse en el único elemento que podía determinar qué era y qué no era la Revolución. Y para ser revolucionario era menester escribir literatura revolucionaria y enseñar derecho revolucionario.

En efecto, el libro de Díaz Arciniega rompe los límites impuestos por la historia de la literatura para relacionar la tarea de poetas, ensayistas y novelistas con la de otros intelectuales, entre los que caben los profesores de la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad Nacional. La segunda parte del apéndice del libro recoge la polémica surgida a raíz del cese de profesores del antiguo régimen, entre ellos Eduardo Pallares y Miguel S. Macedo, porque no eran revolucionarios. Ello puso de manifiesto la inseguridad de un régimen que proclamaba que no había más ruta que la suya y también el descontento que causaban medidas arbitrarias como ésta. También puso en el tapete de la discusión el ejercicio de una crítica despiadada por parte de elementos antirrevolucionarios como Nemesio García Naranjo, quien más que ningún otro intelectual —fallecido ya el viejo Bulnes— censuró la arbitrariedad revolucionaria.

Todo eso era parte de un mismo discurso y todo eso está íntimamente relacionado con las expresiones acerca de la necesidad de una literatura más viril. Todo eso está expresado en la fórmula interpretativa de Díaz Arciniega del nacional populismo, fórmula que expresa cabalmente las aspiraciones reales de un Estado manipulador de la acción cultural. Todo eso expresa, también, la ingenuidad de una izquierda que por años sería el soporte de un Estado que la toleraba excepto cuando ella quería ir más lejos y entonces la reprimía. Así, mientras los revolucionarios eran cada vez más antirrevolucionarios, crecía la cultura de la Revolución cada vez más viril, demagógica, nacional-populista, retórica y marginadora de todos los esfuerzos independientes que tenían que ir contracorriente para afirmarse por sus propios valores.

El Estado, por su parte, salió ganando en el sentido en que se convirtió en el recipiendario de todos los aspirantes a dirigir algo. Se inició lo que Díaz Arciniega recoge del folclor político mexicano: la frase de César Garizurieta que conviene restituir a su original expresión de juego de palabras: “vivir fuera del erario es vivir en el error”. (Todos dicen “presupuesto” en lugar de erario, que es como me la refirieron.) No todos fueron intelectuales orgánicos, muchos fueron intelectuales-burócratas, si cabe, y muchos de ellos dejaron de ser lo primero, es decir, intelectuales. El callismo, con Morones, no sólo corrompió al movimiento obrero, sino que con Puig Cassauranc también lo hizo con los hombres de pluma.

La necesidad de legitimación llegó a extremos con la legislación reglamentaria del artículo 130 que provocó una guerra muy dolorosa. Ser revolucionario consistiría más en afectar las superestructuras, ya que la infraestructura de los revolucionarios era buena tierra bien regada, propiedad de ellos.

Volviendo al libro de Díaz Arciniega, en él se asiste a un momento fundamental de la invención de la Revolución Mexicana al pasar revista a un gran número de opiniones provenientes de todas las posiciones políticas e intelectuales vivas en 1925. Año crucial, en él concurren los viejos porfirianos (Salado Álvarez), los ateneístas de todos los signos (Vasconcelos, Silva y Aceves, García Naranjo), la generación de 1915, contemporáneos, estridentistas, socialistas, en fin, todos los ahí presentes —lo que quiere decir que había algunos ausentes, con opiniones potenciales muy interesantes.

El manejo de la información, su ordenamiento y análisis y los apoyos en los que se sustenta hacen de este breve libro una lectura rica, aparte de obligada, para conocer la historia de la cultura mexicana del siglo XX, la cual si bien cuenta con visiones panorámicas como la em-



148 APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

prendida por Carlos Monsiváis dentro de la *Historia general de México*, requiere de análisis meticulosos como el de ahora, o como el llevado a cabo por Guillermo Sheridan sobre los *Contemporáneos ayer*, o como los de Luis Mario Schneider sobre los estridentistas, o el recientemente aparecido de Claude Fell sobre *José Vasconcelos, los años del águila, 1920-1925*, excelente marco de lo que Díaz Arciniega puntualiza en su *Querella*. Para concluir este comentario, el epígrafe de Heidegger que abre este libro: “la historia de la literatura debe volverse historia de problemas”, está muy bien logrado. La *Querella por la cultura “revolucionaria”* se sale de la literatura para recuperar el problema de la superestructura en 1925 y su disparadero hacia todo su devenir.